

El triunfo de Usandizaga

Una crítica de "Las golondrinas,"

Doce años ha salía de San Sebastián un jovencito vasco, en cuyo espíritu vibraban al unísono dos tiernos amores: el de la Patria y el del Arte, y caminaba con rumbo á París, en cuya aulas penetró en calidad de estudiante, y de estudiante aprovechado.

Sin espontáneos ó solicitados Mecenas, que si no baundan tampoco escasean en las regiones del Norte, sin ajenos auxilios de Diputaciones y Ayuntamientos, pródigos en ocasiones con pensionados de dudoso valer y avaros en otras con jóvenes de positivo mérito, sólo á expensas de su propio peculio y confiado en sus ardientes amores por la música, se matriculó el joven Usandizaga en la Academia del famoso compositor Vicent D'Indij.

Entre la colonia de artistas españoles



que moldeaban en espíritu al contacto con las primeras figuras del arte contemporáneo, destacóse bien pronto la silueta del joven vasco, precoz en sus aptitudes, alma despierta para recibir las inspiraciones del Arte y la difícil ciencia de la Armonía y del Contrapunto.

Seis años de constancia y de aplicación, bastarían para dar cima á sus conocimientos musicales.

Tornó á su Patria con un caudal inmenso de ciencia y un venero de inagotable inspiración.

En sus primeros trabajos de índole pianística revelóse bien pronto el compositor de recia fibra que se orienta hacia modernos campos; en sus ensayos de cantos populares armonizados se adivina el futuro maestro de atrevidos corales que tienen algo de la grandiosidad de los de Bach.

La ópera vasca *Mendi-Mendian* fué el primer jalón plantado por el ilustre com-

positor, en los campos de la lírica española.

El éxito de esta obra, si no fué todo lo definitivo que el autor traía en cartera, demuestra al menos una tendencia de superior estética en este país donde se rinde culto á la bagatela y á la trivialidad artísticas.

Anoche en Price, ante un público asaz difícil, que no es el que suele frecuentar aquel coliseo; en presencia de miles de espectadores que aguardaban impacientes la creación musical de un joven desconocido en Madrid, sin historia artística que anticipase el éxito del estreno; ante la temible fila de críticos y maestros que aguzaban el escarpelo de la pluma y de la lengua; rodeado por la terrible fiera que eleva ó abate, encumbra ó precipita con sus sanciones el nombre y la fama de un artista, se abrió la partitura de *Las golondrinas*, drama de Martínez Sierra y música del maestro Usandizaga.

Desde los primeros acordes del prelude, de firme textura, de solidez rítmica y de una fresca y vigorosa musa, fueron desfilando lenta ó atropelladamente, según exigencia de los aires, las principales ideas de la trama lírica.

Y llegó la canción del barítono, página de ensueño, de poesía, y ya en plena algazara, un troyel de chiquillos y grandes invade la escena, y los instrumentos de orquesta en acertada combinación imprimen color de fiesta á la escena literaria. Las campanas de la aldea se asocian alegres al homenaje.

Los oboes, clarinetes y fagotes con notas picadas, la cuerda en *pizzicatos* y el metal en ligeros acordes describen plásticamente la barandina popular.

Los niños juegan al *corro*, y sus infantiles cantos constituyen la línea melódica de aquel bellissimo conglomerado, que examinado en la partitura semeja la obra de un loco, pero que trasladado del pentágono á las masas corales é instrumentales, es de una belleza de colorido y de verismo que sorprende y entusiasma.

Y en el segundo acto se destaca por su grandiosidad la pantomima.

Es el número más formidable de la obra. Usandizaga ha llegado en este fragmento á las cumbres donde sólo arriban los genios.

El proceso literario conduce la escena á una situación puramente mímica, aprovechada por el compositor con felices aciertos.

Las muecas de los actores aparecen descritas en ligeros diseños orquestales de la cuerda y la madera. En cortas frases melódicas se insinúa lentamente el proceso psicológico de los payasos, y al llegar la fingida muerte de Pierrot, sorprende la orquesta aquel momento con un magnífico canto en modo menor, correspondiente al séptimo tono del canto llano. Repítase más tarde el mismo motivo con sordina.

De pronto, y siguiendo siempre la trama literaria, toma parte el metal en el apasionado amor de Lina y Pierrot. El tono menor se trunca y aparece el mayor con una riqueza de sonoridad que recuerda á Wagner en los soberbios arranques de su incomparable musa.

El prelude del acto tercero es la urdimbre de todas las ideas que van á desarro-

llarse.

Y llega el dúo final, grande, soberbio, de una riqueza de expresión que anonada; y las frases trágicas del barítono, sin estruendos orquestales, sin rebuscamientos de oropel á que tan fácilmente se entregan los noveles compositores, penetran en lo profundo del alma y despiertan en el público sensaciones desconocidas y avasalladoras que hicieron prorrumbar al público en clamorosas ovaciones.

Esta sobriedad del elemento lírico es una gallarda prueba de su indiscutible acierto en la concepción melódica.

La obra terminó en medio de delirante ovación.

Las llamadas á escena fueron innumerables, y todo el público, *nemine discrepante*, sancionó de una manera elocuente el alto valer del ilustre maestro Usandizaga, gloria de España y de San Sebastián, donde vió la luz primera.

La Vela y Sagi-Barba interpretaron con verdadero amor los principales personajes y hubo aplausos para ambos artistas, para el resto de la compañía y para el maestro Martínez, que dirigió bravamente.

Con maestros como Usandizaga será en breve, un hecho el decantado resurgimiento de la ópera española

V. CONTRERAS